

canzar; lo de la bravura y el denuedo americano. La lucha con la lengua arisca y repechada vale por una batalla.

Porque cada lengua extraña es la Walkiria que está a unos pasos del que la codicia, pero la muy linajuda vive rodeada de un cinturón de fuego que pone miedo, aunque no mate a nadie... El corajudo salta y su audacia lo salva.

Entre gestas del alma, la de adquirir lenguas contrastadas me parece maravillosa. Precisamente a causa de que por ella no corre la sangre, sólo el gemidillo del esfuerzo, y no se oye chirrido de sables sino a lo más un crujido de dientes apretados... Y el ganar resulta un negocio fantástico del alma y vale por la toma de un latifundio sin horizonte...

Aprender una lengua se parece también a cualquier desembarco, al azoro de Colón o de Vasco de Gama. Primero es el penetrar en luz y aire nuevos y recibir el alud de mil criaturas inéditas que se vienen encima de golpe, y nos apabullan con su muchedumbre. Vamos y venimos dentro de la lengua novedosa, cayendo y levantando; nos parecemos al marinero mareado. Los sentidos pueden aquí y no pueden más allá. El sonido y el ritmo nuevos nos intrigan de un lado y del otro nos disgustan. Avanzamos en un zigzag de simpatías y de antipatías. Lo antipático es lo diferente, y nada más; la costumbre es una vieja remolona que detesta lo nuevo sólo por ser forastero.

El americano joven está dotado de una linda flexibilidad para esta empresa, y no carga las herrumbres reumáticas del americano colonial. Ustedes, en cuanto a pueblo futurista, no ponen mal gesto a los paisajes espirituales exóticos y les sonrían como a camaradas. Estas liberalidades, estas anchuras del ojo y del entendimiento, me parecen virtudes magníficas para el nuevo "pionerismo" que viene con las Naciones Unidas y que es preciso preparar. La misión universal de los Estados Unidos representa para cada uno de ustedes una obligación rotunda y urgente. Hay que volverse válido para esta nueva Caballería que son los cursos de lenguas extranjeras, y esta preparación es de inteligencia, de ética escolar y de arrojo juvenil.

En mis veinticuatro años de vida errante, yo supe siempre que nadie iba a enseñarme la verdad acerca de las tierras que recorría, sino su tradición y su costumbre presentes, es decir sus libros, y la vida al aire libre, o sea cierta familiaridad con los muertos y los vivos de cada región. Lo que sé de Francia me vino de esos dos lados opuestos; lo que hizo mi pasión por Italia, fué eso mismo.

Léanse sus libros españoles y sudamericanos, como quien quiere salirnos al encuentro. Lo mejor y lo peor de nosotros allí está. Estas marcas digitales, llamadas lenguas, son más verdídicas que las otras de los pasaportes, en cuanto a confesión de las razas.

Al revés de casi todas las aventuras, que son cosa resonante y gesticular, la odisea verbal sólo se desarrolla en una sala de clase; ella comienza en silenciosa y larguísima recepción y pasa después al turno dulce del preguntar y el responder. En el aula de lenguas todo se resuelve, de parte del maestro, en ir vaciando, con la fineza del pesador de diamantes, el emporio enorme del vocabulario y de parte del discípulo todo consiste en un alerta casi divino de las facultades, y en esa fidelidad a la cual llamamos vulgarmente "atención".

Pasados los primeros fosos y empalizadas filudas de la lectura extranjera, viene algo que llamaría la Doctora de Avila "unas grandes suavidades y maravillamientos". Porque una

vez molida y tragada, con esófago pantagruélico, la res abierta del Vocabulario se inicia la excursión regustada y lenta por el reino ajeno, cuando la frontera está ya quemada, abierta, libre. Entonces van llegando los yantares, ya no gruesos ni agrios, sino delicadísimos; es el ala del faisán español: el arribo a los místicos, honra de la cristiandad universal, el reír con Lope y Quevedo y el aguzar el entendimiento con Gracián y Góngora.

Bien pagados quedarán ustedes de sus jadeos, lo mismo que los marineros de las Carabelas, y ya bien hallados pasarán a la Antilla de las palmas, al Anahuac del maíz y al Chile de la vid.

Algo quiero decir sobre los americanismos. Tuve que hablar una noche en la Sorbona, e hice una confesión desnuda de mi criollismo verbal. Comencé declarando sin vergüenza alguna que no soy ni una purista ni una pura, sino persona impurísima en cuanto toca al idioma. De haber sido purista, jamás entendiésemos en Chile ni en doce países criollos la conversaduría de un peón de riego, de un vendedor, de un marinero y de cien oficios más. Con lengua tosca, verrugosa, callosa, con lengua manchada de aceites industriales, de barro limpio y barro pútrido, habla el treinta por ciento a lo menos de cada pueblo hispanoamericano y de cualquiera del mundo. Eso es la lengua más viva que se oye, sea del lado pro-

venzal, sea del siciliano, sea del taramara, sea del chilote, sea del indio amazónico. (Además, ustedes no van a quedarse sin el *Martín Fierro* y sin los folklores español y criollo).

Otra manera no hay —estoy bien segura— de adentrarse en los pueblos sino con la punción lograda con la aguja del idioma. Hablo de la lengua domada y rematada. Antes de llegar al hueso del verbo extraño, no se ha ganado cosa que valga: el fruto sigue colgado en su árbol... La faena es tocar fondo como el buzo y subir de allí cargado del tesoro.

Aparte de la virtud política y cristiana que trae el aprendizaje de las lenguas latinas, éstas avivan las facultades, inyectan ciertas clorofilas particularísimas y acarrear minerales misteriosos que circularán por el organismo del alma, llevando consigo la fertilización de todo un Nilo moral.

La inundación oral y auditiva, el sumírnos el habla propia por meses o años, pone a veces temor. Parece que cuanto era nuestro se nos va, y no es cierto. Aunque por momentos creamos que la lengua intrusa nos ocupa la casa, la propia no se ha movido. Sólo ocurre que tendremos en adelante, como los ricos, dos casas de vivir, tres o siete moradas, al igual de la Santa, por donde andar agradeciendo las anchuras que nos ceden Dios y la inteligencia, la cultura más la Gracia.

Tengamos fe en nuestra raza

(De *El Diario de Hoy*. San Salvador. El Salvador. Mayo 2 de 1948).

Tengamos fe en nuestra raza hispanoamericana: en nuestra nueva raza de síntesis a la que esperan logros de mayor altura y brío que los que alcanzara, en larga jornada de veinte siglos y a la luz de su día de cristianismo, la que se alojó alrededor del Mediterráneo y pudo sumar los aportes del Norte y del Sur, del ario y del etíope. Tengamos fe en nuestra raza, que es como decir tener fe en nosotros mismos, porque si en verdad vamos cayendo y levantándonos en nuestras marchas, fallando como niños grandes y extraviándonos en la embriaguez de nuestro continente, un examen dentro de nuestra propia alma y nuestra misma carne nos revelará que poseemos grandes reservas y que no andaremos como llenos de vanidades al emplazar al destino para dentro de poco.

La raza nuestra no es ni podrá ser la raza blanca; no es ni podrá ser la raza india, ni la raza negra. La raza nuestra es la raza hispanoamericana, el producto firme y triunfante de esas tres razas sumadas en el hervidero continental al través de cuatro siglos y como fruto inevitable de las grandes mareas humanas que vienen y van, desde el comienzo de los tiempos, de norte y sur, de oriente y occidente.

Nuestra raza es la raza hispanoamericana; raza superior al indio, que se moría en las tierras bajas como podría morir una nutria en el desierto o un esquimal en el trópico; raza superior al blanco, que no puede acomodarse a este mundo nuestro, lleno de incongruencias, de aristas, de contradicciones climatéricas y biológicas; que deberá ser superior a la raza negra, porque poseerá mayores recursos para el acomodamiento de la vida civilizada y sabrá coger, con donaire heroico y para uso certero, las nobles armas de Occidente.

Nuestra raza habrá heredado del indio americano la capacidad para el dolor, la tenacidad en la lucha, la perspicacia frente a lo desconocido.

Habrá heredado del negro la imaginación ardiente, el desprendimiento niño, la curiosidad ansiosa de saber, la resistencia a los rigores del clima y la alegría intacta.

Habrá heredado del hombre blanco el vigor mental para la síntesis, el poder generalizador, la voluntad del dominio, y el complejo genuino de la superioridad.

Y recibiendo tan maravilloso patrimonio, nuestra raza conquistará los trópicos hasta hacerlos perfectamente visibles y antes de mucho tiempo podrá enseñar al mundo la proeza de haber ampliado la tierra para el trabajo humano, de haber hecho la tierra más grande y más fecunda para la dicha y para el deber.

Y siendo una raza de síntesis, un heterozygote racial, podrá ella vencer en el trópico y en las zonas boreales, en el litoral y en la cordillera, al norte y al sur, y florecerá, en el vaivén de los apremios y las urgencias vitales, con la propia flor y el fruto propio del lugar y de la hora.

Mas no será esto, en verdad, el sólo mérito de la raza. Que otros igualmente altos lo tendrá. Y es que siendo una raza de síntesis, podrá juntar en su corazón todas las comprensiones. Podrá sentir en su carne la simpatía de todas las desgarraduras. Podrá arder en su imaginación el fuego de todas las fantasías y en su mente la placidez de todas las concepciones fundamentales. Y siendo así de generosa y amplia, será la raza mejor capacitada del mundo para señalar normas al derecho y la más propicia para abrir sus brazos a los náufrgos de las razas que vengan a sus playas buscando el